

toso estado y elevarse á la más alta condición á que puede subir criatura humana, á la condición de los santos? Mirad á esos felices pecadores que se levantan del confesonario purificados y contentos: ¿no los envidiáis? Pues la misma ventura se os ofrece: ¿no la despreciéis! ¡Pueda también decirse de vosotros: *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei et inter sanctos sors illorum est*¹! Así sea.

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA.

El banquete milagroso del Desierto, figura del banquete eucarístico.

Acceptit ergo Iesus panes; et cum gratias egisset... distribuit discumbentibus, quantum volebant.

Jesús entonces tomó los panes; y, después de haber dado gracias, repartiólos entre los que estaban sentados... dando á todos cuanto querían.

Io. 6, 11.

1. Interrumpiendo el tono grave y lúgubre que tan bien armoniza con el espíritu de compunción dominante en el santo tiempo de Cuaresma, resuena en este domingo una nota festiva; baña un rayo de alegría el rostro de la Iglesia, iluminada por los inefables júbilos de su celestial maternidad. Óyese, en efecto, una voz del cielo que la felicita en estos términos: «Regocíjate tú que parecías estéril, rompe en gritos de alegría tú que durante muchos siglos no tuviste descendencia, porque muchos más serán los hijos de la que se creía desdenada, que los de la que poseía las caricias de su esposo.»²

Expresiones son éstas, hermanos míos, aplicadas por el mismo Apóstol San Pablo á la nueva Iglesia formada

¹ Sap. 5, 5.

² Is. 54, 1.

de la Gentilidad, en contraposición á la antigua de la Sinagoga, y que significan bien claro cuánta había de ser, como en hecho de verdad ha sido, la maravillosa fecundidad de esta madre de todos los hijos de Dios sobre la tierra¹. Esta madre no es otra que la Iglesia católica, que hoy renueva su alegría viendo al cabo de diez y nuevo siglos, y á pesar de todos los esfuerzos infernales hechos para anonadarla, dilatada su numerosa y gloriosísima familia del Oriente al Occidente y del Norte al Mediodía, dominando en toda la redondez de la tierra y poblando las infinitas regiones del cielo. ¡Alégrate, pues, Iglesia santa, digámosle con filial entusiasmo, madre de la más ilustre raza que se vió jamás, madre de toda virtud, de toda idea y sentimiento noble y generoso, como que no eres esclava, sino legítima señora destinada á reinar eternamente como Esposa inmaculada del Cordero! ¿No es justo, amados fieles, que la Iglesia se regocije á pesar de sus quebrantos, y que nosotros, sus hijos, tomemos parte en su alegría, á pesar de los motivos que tenemos en nuestros mismos desórdenes, para entristecernos y llorar?

2. Pero hay algo más particular que explica el por qué de este santo regocijo de la Iglesia en mitad del sagrado ayuno cuadragesimal; hay aquí algo como la alegría presentida y anticipada de un día de gran fiesta en la casa del Señor, algo, en fin, como la hilaridad que acompaña á los preparativos de un próximo banquete de familia que se anuncia espléndido y magnífico. Tal es, á mi ver, la significación de la dominica *Lætare* en la proximidad de las grandes festividades de la Pascua. La Iglesia se apresura á gozar de ante-

¹ Gal. 4, 27 sqq.

mano de aquella satisfacción que experimenta una madre al ver reunidos á su mesa á todos sus hijos ó á un número considerable de ellos, para estrechar los mutuos vínculos de amor que deben reinar entre toda la familia. Estamos en vísperas de la Comunión pascual, por más que, desgraciadamente, muchos entre los que se apellidan cristianos, apenas se den cuenta del tiempo santo en que vivimos. Y en prueba de lo que á la Iglesia preocupa esta idea de la Comunión de la Pascua, el evangelio que ella nos recita es tomado del capítulo quinto de San Juan, donde á la vez se nos ponen á la vista dos banquetes, el del Desierto, dado por Jesucristo á millares de convidados, y el de la sagrada Eucaristía, prometido por el mismo Jesús á todos los hombres para darlo durante todo el curso de los siglos. ¡Dos banquetes, á cuál más portentosos! pero uno de ellos nada más que figura y anuncio del otro, infinitamente más suntuoso, ya por la calidad de las viandas, ya por lo maravilloso de los efectos! La multiplicación de los panes es figura de la Comunión eucarística, así porque nos dispone á reconocer el milagro de su institución, como porque nos declara los efectos de santificación y transformación moral que está destinada á producir en nuestras almas. Dos ideas que formarán todo el asunto de vuestra atención en este día. Dénos el Señor sus luces para tratarlo dignamente.

I.

3. Jesucristo se proponía revelar á los hombres el gran misterio del Sacramento de la Eucaristía. Iba á decirles cosas verdaderamente extrañas á la mísera razón humana, incapaz, no sólo de sospechar su posibilidad, sino de comprenderlas después de anunciadas clara y terminantemente.

De la necesidad de la manducación puramente espiritual del Pan del cielo, esto es, del mismo Cristo, la cual había de efectuarse por la fe, iba á pasar á manifestarles la necesidad de otra manducación, real y verdadera, del mismo Pan, la cual debía hacerse, no ya sólo con el espíritu, sino también corporalmente, pues se daba á comer el mismo cuerpo y á beber la propia sangre del Hijo del Hombre como condición de vida eterna. «Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros.»¹ Y esto afirmaba Jesucristo con aquella fórmula tan enfática: *En verdad, en verdad os digo*, de suerte que no quedase duda sobre el sentido de sus palabras; y afirmábalo precisamente contestando á los que, escandalizados y turbados, discutían entre sí, pero á oídos del Salvador, sobre cómo podía darles á comer su propia carne². Era manifiesta la oposición que esta verdad hallaba en el espíritu de los judíos, hasta entre los mismos discípulos, para quienes aquello de comer materialmente, según se imaginaban, y como á pedazos la carne del Maestro hacía-seles duro de creer, inaudito y de todo punto inaceptable³; tomando, en consecuencia, el partido muchos de ellos de separarse de su escuela⁴. Y éstos, en el fondo, no creían ni reconocían en Jesús al Cristo Hijo de Dios, como lo creían los Apóstoles, en quienes la inaudita afirmación de Jesucristo no produjo escándalo, ni los provocó á deserción, como á los débiles discípulos⁵.

4. En verdad, cristianos, el misterio de la sagrada Eucaristía es uno de los que más sublevan hasta el

¹ Io. 6, 54.² Ibid.³ Ibid. vers. 61.⁴ Ibid. vers. 67.⁵ Ibid. vers. 70.

día de hoy la orgullosa razón del hombre, por lo mismo que la humilla, contrariando abiertamente los juicios formados sobre el testimonio de los sentidos corporales. Tanto más incomprensible cuanto más sublime y magnífico, así en la substancia como en las circunstancias que lo rodean, el misterio de la presencia real de Jesucristo bajo los accidentes de pan y vino, y de su consiguiente manducación sacramental, exige, para ser aceptado humildemente y sin réplica, acallar toda la grito de una razón que se cree abrumada bajo el peso de lo incomprensible; y esto hace animosamente la fe en la palabra irrecusable de Cristo¹. Nada más racional que esta fe, fundada sobre la base inquebrantable de la verdad divina; porque, si los sentidos falibles, como el humano entendimiento, bien pueden engañarse, no así en ningún caso la infalible y certera palabra de Dios. «Si el sentido, dice el insigne Santo Tomás, desfallece, porque no ve más allá de la superficie de los cuerpos, la fe sola basta para sostener el asenso de un corazón dotado de sinceridad.»² Pero esta fe, á su vez, pide motivos suficientes de credibilidad, que la autoricen para aceptar lo incomprensible.

Y Jesucristo no los niega, lejos de eso apela á sus obras para exigir que se crea á sus palabras³. En esta ocasión nos da por garantía de la verdad de su promesa y de la realidad de lo que ella contiene, un prodigio grande, inaudito y evidente, el de la multiplicación de cinco panes para saciar el hambre de cinco mil y más personas que por el desierto le seguían ávidas de alimentarse de su divina palabra. ¿Á quién no ha de pa-

¹ Animosam firmat fides (S. Thom. in off. SS. Sacram.).

² Ibid. ³ Io. 14, 12.

recer suficiente testimonio un milagro de semejante magnitud? Sorprende verdaderamente la ceguedad y, dijéramos mejor, la estolidez con que los judíos, testigos oculares del estupendo prodigio obrado en el desierto, se atreven en seguida á decir á Jesús: *¿Qué señal nos das para que creamos en ti? ¿Qué milagros obras? Nuestros padres creyeron en Moisés porque les hizo comer el maná, pan llovido del cielo*¹. El Salvador rectifica el dicho de los judíos, diciéndoles: *No fué Moisés quien os dió el pan del cielo, sino mi Padre es el que os da el verdadero pan del cielo*². Y nosotros pudiéramos argüir á los judíos de todos los tiempos, esto, es á los incrédulos de corazón carnal y judaico, diciéndoles: ¿Acaso es menos prodigiosa que la lluvia del maná, la multiplicación de cinco panes, convertidos por obra de la bendición de Cristo en una cantidad enorme de alimento, tal que sobrasen doce cestas de pan después de plenamente satisfechos millares y millares de famélicos? Pero el maná no podía fabricarlo Moisés, ni hombre alguno, sino Dios: *Non Moyses dedit vobis panem*. Luego, no un hombre, sino un Dios hecho hombre, fué quien pudo con su propio poder multiplicar el milagroso pan. La conclusión es evidente. Luego Él mismo puede con sola su bendición³ transubstanciar otro pan en su cuerpo y darlo de este modo á comer á los suyos, que es la promesa que tanto escandalizó á los discípulos incrédulos; no así á los Apóstoles, firmes en la fe de la divinidad de Jesucristo: *Tu es Christus Filius Dei vivi*.

5. Y veis aquí, carísimos oyentes, cómo el milagro que hoy nos trae á la consideración la Iglesia, en vispe-

¹ Io. 6, 30. 31.

² Ibid. vers. 32.

³ Math. 26, 26.

ras de la solemne Comunión pascual, es una prueba y argumento de credibilidad, al mismo tiempo que una brillante figura del Sacramento de la Eucaristía. Á la pregunta que, como un baluarte inexpugnable, oponían los judíos: *¿Cómo puede ser que este hombre nos dé á comer su carne?* podemos contestar con otra pregunta, cuya respuesta ha dado ya el mismo Jesucristo con los hechos. Y *¿cómo pudo con sólo cinco panes alimentar á cinco mil, á diez mil personas quizás, hombres, mujeres y niños, hasta quedar todos hartos y sobrar una buena cantidad de pan?* De esta dificultad se hicieron cargo los Apóstoles, como se lo hubiera hecho otro cualquiera, al escuchar la pregunta de Jesús á Felipe: *«¿De dónde sacaremos pan para alimentar á esta inmensa muchedumbre?»*¹ y, al oír la desmayada contestación del Apóstol, que no contaba hasta entonces con la omnipotencia del Señor: *«Doscientos denarios de pan no bastarían para dar á cada uno una partícula.»* *«¡Son tantos!»* añadía Andrés. ... En efecto, el simple sentido común manifiesta, sin dejar lugar á duda, que aquí se ha puesto en juego nada menos que la omnipotencia, ora sea que Jesús haya sacado de la nada aquella substancia prodigiosa, ora que la haya formado instantáneamente de otras substancias preexistentes. En el primer caso habría obrado como Criador; en el segundo, como Señor universal de la naturaleza y Árbitro soberano de sus leyes: en uno y otro habríase probado verdadero Dios. *«Multiplicar aquellos cinco panes, discurre ingeniosa y sólidamente San Agustín, no era más difícil que confiar los granos de trigo á la tierra para recogerlos convertidos en*

¹ Io. 6, 5.

abundante mies, con la diferencia de que aquí la tierra eran las manos del mismo que hizo la tierra y todos los elementos para el desarrollo y fructificación de las plantas. Por eso aquí no fué menester aguardar el curso de las estaciones, ni se empleó más industria que la sabiduría y voluntad del Señor.» *«El poder infinito estaba en las manos de Cristo»*, añade el mismo santo Padre, y así no hay que maravillarse de esta obra más que de otra cualquiera de las del Criador. Pero si en efecto no debe sorprendernos el milagro, por grande que en sí sea, una vez reconocida la virtud infinita del que lo hizo, tampoco puede hallar dificultad insuperable en la humana razón, para ser creído y admitido ese otro milagro, mayor, si se quiere, que el primero, pero no mayor que el poder infinito, de dársenos en manjar el cuerpo real y verdadero del mismo Jesucristo. *Potestas erat in manibus Christi*, digamos otra vez con el citado Doctor; y esto debe bastar para explicarnos el augusto misterio de la Eucaristía, por más que se nos ofrezca henchido de milagros, y milagros de primer orden. Bien apoyada queda nuestra fe cuando descansa en hechos innegables que atestiguan ó, mejor dicho, ponen en evidencia la divinidad del que nos habla. Sus palabras no pueden ser vanas ni engañosas, porque *son palabras de vida eterna*¹, pronunciadas por el Autor de la vida².

6. Y hay más todavía en el milagro que vamos considerando como figura del Santísimo Sacramento. Porque no solamente prueba en general, según acabamos de exponer, la posibilidad del milagro eucarístico, atestiguando el divino poder de Jesucristo, sino que, en parti-

¹ Io. 6, 69.² Act. 3, 15.